



Fachada de la sección rusa

lenguaje mudo, toda la historia, analizan toda la sicología del coloso del Norte, que ahogará acaso un día entre sus peludos brazos la débil y podrida civilización de la vieja Europa.

Como los románticos, el azar quiere la antítesis. He aquí al lado de las heladas estepas de Rusia las ardientes llanuras del Japón.

Esta parte de las exposiciones extranjeras se extiende paralelamente á la avenida de Suffren, á continuación de esa bella calle del Cairo, que es siempre uno de los mayores atractivos del Campo de Marte.

M. Gauthier, el arquitecto á quien se confiara el espinoso cargo de decorar la instalación japonesa, no tiene el temperamento de los pseudo-sabios. Su excepcional talento de acuarelista y la fecunda inspiración de su lápiz lo incitaban, sin embargo, á trazar en algunas horas de trabajo, una ingeniosa fachada capaz de matar de celos al más presuntuoso de los decoradores de fantasías. Prefirió pasar tres meses hojeando los documentos puestos á su disposición, á fin de trasplantar á la Exposición universal un rincón de Yedo ó de Yokohama. Pura fantasía de artista, pero fantasía bien divertida para el paseante, porque contemplando esos techos salientes y ligeramente levantados, esas armaduras de bermellón, esos basamentos revestidos de azulejos, esas puertas macizas adornadas de bambúes, esas ventanas de tan raro corte y esos balcones de bronce y laca, se cree uno trasportado á otras regiones, y como el héroe de Bonnetain, en el *Opio*, se deja uno llevar al país de los sueños, dulcemente mecido por la alucinación del *haschisch*.



Fachada de la sección helénica

La fachada medianera, la de Siam, corrobora aun la ilusión, extremando el sabor exótico que trae la trasplatación de esas comarcas desconocidas. Las puertas están pintadas de rojo con reales de oro, el friso cuya silueta se recorta en el cielo, está iluminado de azul, y los pilares volcados que terminan la elevación sostienen pináculos contorneados, cuyo coronamiento, semejante al dardo de un animal fantástico, eleva una punta amenazadora é imponente.

La Servia que, en el extremo opuesto toca al Japón, nos vuelve á la realidad. La arquitectura, sin molduras, sin ornamentos ningunos, no es muy interesante; sin embargo, no carece de carácter. La fachada está cuajada de mosaicos; y la puerta, compuesta de tres arcos desiguales, de estilo bizantino, forma motivo principal y rompe felizmente la frialdad de aquellas paredes sin salientes, cuya variedad de mosaicos no logra borrar enteramente la monotonía, á pesar de los esfuerzos del arquitecto M. Labouige.

Cuando se posee una historia para siempre ilustre, cuando por el más extraordinario florecimiento intelectual que se haya visto en la humanidad, se ha podido influir durante siglos en las naciones civilizadas de toda la tierra, comprendo muy bien que se procure dar vida á las edades muertas y se goce al recuerdo eternamente luminoso de las glorias pasadas.

Al construir la fachada de la Grecia, ha hecho bien M. Sauffroy en producir una especie de restauración que recuerda el siglo de Pericles. Las dos pinturas murales hechas en los atenuados tonos del fresco, representando la una la Grecia antigua personificada por una vista del Acrópolis, y la otra la Grecia contemporánea, figurada por un paisaje del Laurium, tienen bellísima armonía, sin que destruyan á la vista la solidez de las paredes. Los perfiles son puros, las proporciones convenientes y el conjunto está muy bien estudiado.

Sólo censuraré al autor por su policromía demasiado parda, tímida, borrada, que no se refiere de ninguna manera á los recientes descubrimientos hechos sobre la materia, y también por su Minerva, que es vulgar y carece de estilo.

La arquitectura de la Grecia en que se adivinan el lápiz de un artista y los conoci-

mientos de un arqueólogo, perjudica á la fachada de San Marino, de M. Pierron. Para ser moderno no basta emplear barros cocidos, mates ó esmaltados, á diestro y siniestro. No descubro, lo confieso, no descubro la intención del constructor. Nada bien claro y neto sale de esta confusión, en que el detalle clásico corriente está interpretado por materiales contemporáneos.

A esta incolora manifestación artística prefiero la fachada de Italia. Y no es que esté apasionado de esas columnas retorcidas en que hay incrustados multicolores mosaicos, ni de esos endeble pináculos de pseudo-alabastro, ni de esos capiteles uniformes, ni de ese estilo híbrido, bastardo vergonzoso de la exquisita Cartuja de Pavía, estilo semi-gótico, semi-renacimiento, que ha sostenido durante veinte años las litografías de romances y daba deliquios á la generación de Luis Felipe. Mi admiración está en otra parte. Pero con toda equidad reconozco que el signor Manfredi ha reproducido escrupulosamente una página de la arquitectura nacional de su país.

Si esta arquitectura, demasiado ponderada, carece de gusto, no es culpa del artista. Este pórtico al uso de los trovadores de 1830, tiene á lo menos el mérito de revelar el estado de alma de un pueblo y de una época. Más vale esto que ejecutar variaciones brillantes y de alta fantasía con un lápiz y un pincel.

Nada hay que decir de Dinamarca, representada por un solemne, pretencioso y vano pórtico corintio sin color ni carácter.

En cuanto á Inglaterra, que terminará este rápido estudio de las exposiciones extranjeras, he de hacer constar que está encarnada fidelísima y muy maliciosamente en las puertas y el pórtico mezquinos, guindados, fríos, que encierran su exposición.

Es el tipo del dibujo británico y de la frialdad presbiteriana; el triunfo del burguesismo y de la corrección presuntuosamente académica en lo que tiene de más horripilante; el ideal aplanado por el laminador, y el pensamiento pasado por la rueda de acero; es la falsa ciencia sofocada ya y anémica, y el arte dividido en acciones, reducido á negocio industrial bajo la razón: *Architecture and C.*

¡Dios proteja á Francia y nos salve de semejante azote!

FRANTZ JOURDAIN.



Taller de esbozos

LA RELOJERÍA SUIZA

I

Acaso no haya una industria que responda tan íntimamente como la relojería á las peripecias de la vida moderna. Midiéndonos sin cesar el tiempo, los relojes nos ponen en estado de adaptar exactamente nuestra existencia á las crecientes necesidades y urgencias de cada día.

En nuestra complicada civilización, en que todo es científico y se quiere mecánico, en que se hace de antemano la cuenta de lo imprevisto, como en un plan de batalla, la manecilla del reloj es la imperiosa ordenadora de nuestros pasos y la reguladora indispensable de nuestras acciones.

De un extremo á otro del universo, las comunicaciones instantáneas y la facilidad y rapidez de los viajes, han modificado y unificado también las condiciones de los negocios, suprimido ó abreviado los largos ocios de la espera, y dado, por decirlo todo, á los menores instantes un valor activo, que es peligroso descuidar.

El hombre no obra ya solamente en torno de sí con inmediato poder; su voluntad se manifiesta á través del espacio tan rápidamente como quiere. Un acontecimiento que ocurre en cualquier zona, y puede influir en nuestros destinos, luego al punto nos es conocido. Hemos menester aprovechar informes imprevistos, acelerar nuestras decisiones, cambiar nuestros medios de acción, multiplicarnos, forzar la máquina, digámoslo así.

Se nos avisa el peligro que nos amenaza y la esperanza que nos halaga: á nosotros nos cumple prevenir las circunstancias y llenar nuestras horas con toda precisión, para no perder tiempo. Nada de aplazamientos. Corramos al telégrafo, interroguemos á